## ¡Que nos gusta una Extinción!

## http://thearchdruidreport.blogspot.com.es/2013/05/the-pleasures-of-extinction.html

Uno de los placeres retorcidos que a veces me encuentro es el de ver cómo parte de mis predicciones se hacen realidad en el corto plazo. Aunque es cierto que también he hecho un buen número de predicciones fallidas durante ese tiempo. En 2007 y 2008, por ejemplo, dije que el gobierno estadounidense no podría ser tan estúpido como para tratar de cubrir su estratosférico déficit presupuestario dándole a la máquina de imprimir billetes; algunas idioteces, pensé, eran demasiado extremas incluso para la clase política actual de los Estados Unidos. Como la Fed marcha alegremente por otra ronda de flexibilización cuantitativa, esa suposición ha resultado ser demasiado ingenua.

Aun así, mi promedio de acierto hasta ahora ha sido muy respetable. En los primeros días de este blog, por ejemplo, Daniel Yergin gritaba a voz en grito que el precio del petróleo se establecería en una meseta a largo plazo de \$ 38 por barril, mientras que los seguidores de una docena de diferentes tecnologías alternativas afirmaban algo muy estridente, que si el precio del petróleo llegara a alcanzar el nivel impensable de \$ 60 por barril, ello favorecería una tecnología lo suficientemente rentable como para barrerlo todo a su paso. Había muy pocos de nosotros en ese entonces que predijésemos que el petróleo iría un poco más allá de \$ 60 por barril y allí se quedaría, y aún menos que señalásemos que las alternativas al combustible fósil son mucho más viables con un combustible fósil barato que con precios altos. En estos días, con el petróleo oscilando alrededor de \$ 100 por barril y cuando la mayoría de las alternativas siguen siendo totalmente dependientes de los subsidios del gobierno, lo que dije resultó bastante profético.

Durante las últimas semanas, otra de mis predicciones ha dado en la diana. Hace algo menos de seis meses, mientras las librerías de la Nueva Era estaban vendiendo estantes enteros dedicados al 21 de diciembre de 2012, señalé <u>en un post</u> que no pasaría mucho tiempo antes de que la gente se pusiera a buscar otra excusa para no hacer nada al respecto de la crisis de la sociedad industrial una vez pasado el 2012.

Bueno, aquí está. La última moda apocalíptica es la extinción humana a corto plazo, o NTE ("Near Term Extintion") para abreviar: la afirmación de que la humanidad, junto casi toda la vida en la Tierra, se habrá extinguido inevitablemente como muy tarde en 2030.

Es probable que sea necesario aclarar desde el principio que sin duda la humanidad se extinguirá con el tiempo (ninguna especie es eterna y siempre hay la posibilidad de que pudiera extinguirse en el corto plazo; un asteroide errante de suficiente masa o la mutación de unos pocos nucleótidos en algún virus del que nadie ha oído hablar podría hacer el trabajo con bastante facilidad). Sin embargo, hay una gran diferencia entre afirmar que la extinción humana es posible e insistir en que sin duda va a ocurrir en los próximos diecisiete años, sobre todo cuando los argumentos utilizados para defender la declaración sólo insisten en que el único resultado posible es el del peor escenario.

Hay una larga historia de cosas parecidas. Cuando yo era un chaval, en los años 1970, había gente en la parte más extrema del movimiento ambientalista que insistía en que la humanidad se extinguiría antes del año 2000, y la misma predicción se ha repetido con diferentes fechas y justificaciones desde entonces. Mis lectores, si recuerdan los suicidios masivos del Templo del Sol de 1994-1995, se acordarán de que la nota de suicidio colectivo dejada por los miembros de esa nefasta orden había hecho exactamente esa afirmación: el fundador del Templo Solar, Luc Jouret, había dicho que la Tierra sería inhabitable para el año 2000, por lo que los iniciados del Templo Solar deberían salirse mientras tuviesen oportunidad.

En los primeros días del movimiento del peakoil, del mismo modo apareció a menudo la insistencia en la extinción inminente. Estaba convencido en ese momento, y sigo convencido hoy en día, que esto fue en gran medida el producto de una obsesión muy americana que he denominado el "machismo

apocalíptico". Una consecuencia del omnipresente anti-intelectualismo de los Estados Unidos, con su extraña ecuación de "virilidad = falta de cerebro", es que muchos intelectuales norteamericanos varones terminan agobiados por las dudas sobre su propia masculinidad, y algunos de ellos responden con una forma de hablar extremadamente dura; las mujeres intelectuales de esta cultura dominada por los hombres a menudo tienen que copiar ese mismo hábito, a veces incluso llegando a mayores extremos, con el fin de conseguir ser tomadas en serio. Esto ha sido un factor importante a lo largo de la historia reciente de los Estados Unidos. El movimiento neoconservador, que sólo consiguió un fracaso tras otro en política exterior, es un ejemplo de libro pues sus referencias intelectuales eran eruditos académicos cuya gran obsesión era demostrar su virilidad en un escenario global.

Del mismo modo, hemos tenido mucho machismo apocalíptico en los inicios del movimiento del peak oil. En los primeros años de este blog, por ejemplo, sistemáticamente me llegaban (y al momento los borraba) uno o dos comentarios al mes de alguien que quería hablar sobre el nuevo escenario para la extinción humana inminente que acababa de elaborar. El vertido de la Deepwater Horizon y la fusión nuclear en Fukushima-Daiichi lograron una abundante cosecha de lo mismo; si mis lectores tienen dudas quedan invitados a ir a excavar en los archivos de cualquier foro picoilero sin moderador, donde encontrarán, en los días y semanas que siguieron a cada uno de estos desastres, escenarios inverosímiles y llamativos donde se daba por hecha la inminente desaparición de toda la vida en la Tierra.

No hay duda de que algo de eso hay en la repentina oleada de interés en la extinción humana a corto plazo, pero me pregunto cuál es la principal fuerza que ahora lo impulsa. Como mínimo hay otros dos factores suelen estar involucrados, y uno de ellos surge directamente de las observaciones hechas en los últimos posts de la serie actual.

La forma del tiempo esbozada por Agustín de Hipona en las páginas de "La Ciudad de Dios", adoptada posteriormente por la mayor parte del mundo occidental hasta el surgimiento de la mitología posterior del progreso perpetuo, permite muchas variantes. Incluso dentro de la corriente principal del cristianismo occidental, las opciones se extienden sobre un paisaje mucho más amplio de lo que percibe la mayoría de mis lectores, mientras que las versiones de los mitos agustinos que se encuentran fuera de la corriente cristiana son aún más diversas. En el libro del sociólogo Philip Lamy "Millennium Rage" (1998), se argumenta que la mayoría de las creencias sobre el futuro en los Estados Unidos de hoy son "apocalipsis incompletos", en los cuales los acontecimientos predichos en el libro de Apocalipsis se sacan de contexto y reorganizan en respuesta a las tendencias sociales contemporáneas.

Su visión se puede aplicar muy bien de forma más general: toda la historia agustiniana ha sido sometida a un tratamiento similar. El Edén, la caída, el valle de lágrimas, el grupo de los justos, la revelación redentora, la escalada de la lucha entre el bien y el mal, la catástrofe final y el retorno al paraíso a continuación... Puedes encontrar estos elementos, o al menos muchos de ellos, en muchos sistemas de creencias, pero el orden de prelación y la importancia relativa de cada elemento puede variar y no es raro que uno o dos de los temas clásicos de la historia queden muy diluidos o se supriman totalmente.

Un detalle que a menudo ha sido muy reelaborado en los movimientos sociales modernos es la última fase, el paso final, aquel en el que los elegidos son recibidos de nuevo en el paraíso mientras todos los demás son llevados al lago de fuego para sufrir durante toda la eternidad. El hábito de pensamiento morfológico discutido en esta serie de posts es de importancia crucial: si examinas de cerca la evolución en el tiempo de los movimientos sociales que siguen la narrativa agustiniana, los cambios históricos en la última parte de la historia tienen un mensaje fascinante que comunicar.

La ola de fundamentalismo cristiano, que ya ha dejó atrás su cénit, es un buen ejemplo de ello. Cuando comenzó esa ola, en los días del <u>Pueblo de Jesús</u> y la Nueva Traducción de la Biblia (<u>Good News Bible</u>), su retórica era triunfal: la nación entera se estaba convirtiendo a Cristo, el resto del mundo sin duda la seguiría y la inminente segunda venida sería recibida por todos, salvo unos pocos pecadores incorregibles, corriendo con alegría para abrazar el amor infinito de Dios. Tras un avance rápido durante un par de décadas, la proporción entre los salvados y los condenados cambió significativamente para acercarse al tipo de cosas que gusta oír en los anticuados sermones sobre el fuego del infierno, pero los que se creían justos (todavía) estaban totalmente convencidos de su propia salvación: esos eran días en

que era muy común por todos los EE.UU. ver pegatinas en los parachoques que decían "Si Dios nos lleva a los cielos, este coche quedará vacío (In Case Of Rapture, This Car Will Be Unoccupied)".

No verás muchas de esas pegatinas ahora. Del mismo modo que la fe optimista en que una nueva generación podría ganar el mundo para Cristo dio paso gradualmente a la visión mucho más pesimista de un mundo sumido en la maldad de la cual sólo el grupo de los elegidos sería teletransportado a la seguridad del puente de la USS Enterchrist por San Scotty —como decía el chiste—, en el que la serena confianza de los creyentes pensando en que se contarían entre los elegidos ha sido sustituida en los últimos días del movimiento por un sentido cada vez más agudo del pecado y la indignidad. Han pasado demasiadas fechas del arrebatamiento final, demasiados respetados predicadores han sido pillados con los pantalones en los tobillos (en uno u otro sentido), y la sospecha fundada de que el Partido Republicano está usando las iglesias evangélicas tan cínica y descaradamente como el partido Demócrata está utilizando el movimiento ambiental ha llegado a asentarse en una gran cantidad de mentes que alguna vez tuvieron esperanzas.

La teología cristiana limita estrechamente los excluidos, pues los salvados serán "una gran multitud, que nadie podría contar" (Apocalipsis 7: 9) reunidos alrededor del trono de Dios. Fuera del cristianismo, el mismo proceso va mucho más allá. Un buen ejemplo es el movimiento de la Nueva Era, que surgió a la vez que el fundamentalismo cristiano en Estados Unidos a partir de una variedad antiguos movimientos espirituales marginales. Los primeros días del movimiento de la Nueva Era estaban impregnados del mismo sentido optimista, cuando una época nueva y más ilustrada estaba a punto de amanecer, y todo el mundo —incluso, o especialmente, aquellos que se burlaban del movimiento— entraría en la Nueva Era.

Al pasar el tiempo, el movimiento maduró mientras la Nueva Era se negaba obstinadamente a colaborar, llegando de una buena vez. Se produjo el mismo cambio del estado de ánimo que había sufrido el fundamentalismo; los nuevos maestros de la New Age comenzaron a hablar más sobre el ascenso de individuos iluminados hacia planos superiores del ser, sobre la actividad de los poderes malignos que mantenían la ilusión de un mundo sin límites y sobre la inminente llegada de un cataclismo que purificaría el mundo y finalmente marcaría el comienzo de la Nueva Era. En el momento del clímax previo a diciembre de 2012, por último, las profecías sobre el tan cacareado acontecimiento llegaron en oleadas desbocadas; aún había optimistas de la vieja escuela que insistían en que un gran cambio en la conciencia global produciría la gran conversión y todos serían "newagers"; hubo muchos más que esperaban una muerte masiva para dejar un mundo purificado para la habitual minoría de elegidos y no pocos estaban vendiendo escenarios en los que toda la raza humana era exterminada.

Se trata de una música familiar en la historia de la espiritualidad popular estadounidense. A intervalos regulares, algún movimiento que durante décadas ha estado agazapado en la periferia logra de repente gran cantidad de seguidores, se convierte en un fenómeno de masas de la cultura pop y tiene 30-40 años de popularidad antes de desvanecerse y volver a ser algo muy marginal. Algunas tradiciones repiten el proceso: el fundamentalismo cristiano ha tenido dos períodos de éxito popular, primero entre los años de la década de 1890 y la Gran Depresión y luego desde la década de 1970 hasta la actualidad. Curiosamente, el movimiento de la Nueva Era es una repetición de la moda de ocultismo que estaba tan extendido en una parte de la cultura pop estadounidense entre 1890 y 1929. Otros movimientos vienen a llenar el vacío cuando alguno pierde vigor: entre 1930 y la década de 1970, las iglesias cristianas liberales eran una fuerza dominante en la religión americana y no hay razones para pensar que el péndulo oscile de la misma manera cuando llegue de nuevo el ocaso del fundamentalismo cristiano.

Si los seres humanos fueran actores racionales, como a los economistas les gusta penar, no responderían a la refutación de sus creencias postulando un catastrófico fin del mundo. Aquí, y en todas partes, las indulgentes fantasías de los economistas no sirven como modelos para predecir sucesos en el mundo real. Si no has tenido la experiencia de dedicar décadas de su vida a un sistema fallido de creencias, querido lector, trata de ponerse en el lugar de esa persona. Se necesitaría un grado de ecuanimidad (raro incluso entre los santos) para mirar hacia atrás en una experiencia de ese tipo sin recoger una abundante cosecha de resentimiento, dolor y culpa. Y si las fantasías de destrucción apocalíptica juegan algún papel en tu sistema de creencias, una manera de tratar con esas emociones difíciles en sus formas más crudas y primarias es resumirlas en la creencia en un cataclismo lo

suficientemente grande como para castigar al mundo y a la humanidad por el fracaso en hacer cumplir tus esperanzas.

El movimiento ambiental no es una religión, pero su evolución en los Estados Unidos en las últimas décadas siguió el patrón que acabo de esbozar. Al igual que el fundamentalismo y el movimiento de la Nueva Era, surgió desde la nada en la década de 1970 con el mismo sentido de triunfo inminente que guió a los otros movimientos que he nombrado. Su transformación (desde ser un carismático movimiento de recién llegados hasta convertirse en un conjunto de instituciones burocráticas estrechamente ligadas al orden existente en la sociedad) siguió la misma trayectoria que las iglesias fundamentalistas, y su sensación de confianza en el triunfo se desvaneció casi al mismo ritmo, sustituido por la misma lucha contra el mal que llevó a los cristianos fundamentalistas al su pacto diabólico con el GOP e inspiró a los creyentes de la Nueva Era para abrazar las teorías de la conspiración y las fantasías paranoicas de David Icke.

En ese momento (más o menos a la vez que el fundamentalismo y la Nueva Era) el movimiento ambiental tuvo que enfrentarse cara a cara con el fracaso total de sus esperanzas. En los días embriagadores de sus primeros éxitos, la visión que lo guiaba vio la protección del medio ambiente como el siguiente paso hacia adelante en la misma trayectoria de progreso social que incluye el movimiento de los derechos civiles y la segunda ola del feminismo. Fruto de este espíritu, por ejemplo, fue la propuesta de algunos abogados ambientalistas para que los árboles tuvieran su propio estatuto legal. La esperanza era que la civilización industrial podría lograr una paz permanente con el mundo de la naturaleza y continuar por el camino del progreso infinito sin dejar a su paso un planeta quemado y saqueado.

Esa esperanza está muerta. Si alguna vez hubo una oportunidad para lograrlo, hace décadas que se fue silbando en el viento. Ahora el agotamiento de los recursos y la degradación del medio ambiente están apretando sus fauces sobre la garganta colectiva de las sociedades industriales del mundo, exactamente como fue predicho en detalle hace cuarenta años en *Los límites del crecimiento*. Incluso aunque las tecnologías verdes (promovidas por una minoría cada vez más frenética de ecologistas) pudiesen sostener algo parecido a las tasas actuales de consumo de energía (que no pueden), ahora ya es imposible construir el tipo de gigantescas tecnologías que serían necesarias para sustituir una parte significativa de nuestro consumo actual de combustibles fósiles. Lo que queda del movimiento ecologista (tras superar sus propias disfunciones internas y la formidable oposición de sus enemigos y convertirse en otro movimiento de masas más) lo máximo que podría conseguir es la protección de algunos de los ecosistemas más vulnerables mientras la sociedad industrial se tambalea en los primeros y amargos pasos del largo descenso hacia el futuro des-industrial.

Ese sigue siendo un objetivo digno de realización, pero no es la meta a la que se comprometió la corriente principal del ambientalismo cuando accedió a jugar un papel entre las instituciones socialmente aceptables de la vida pública estadounidense, con los beneficios y sinecuras que esa condición implica. Esto explica, a mi juicio, porqué algunos ambientalistas han empezado a hacer proselitismo de la energía nuclear y otras tecnologías francamente ecocidas, bajo la curiosa ilusión de que si "algo no es lo peor de lo peor" de alguna manera equivale a "algo es bueno". La desesperación en tal retórica es evidente y señala el final del camino, un final que, en este caso como en los otros que he citado, implica un buen número de fantasías de destrucción total.

Sin embargo, hay otro factor que se desarrolla a partir de uno de los aspectos más deleznables de cómo ha evolucionado con el tiempo el movimiento ambiental. Cada vez está más claro que los beneficios, los salarios, y los placenteros estilos de vida de la clase media que pregonan con entusiasmo muchas personas dentro del movimiento medioambiental son a su vez parte del problema. Me llamó la atención un ensayo reflexivo que leí hace poco de uno de los principales climatólogos, el británico Kevin Anderson quien comentaba, en términos que sonarán muy familiares para los lectores habituales de El Informe del Archidruida, que el fracaso del activismo por el cambio climático para lograr cualquier progreso en el cambio del comportamiento de las personas parece tener mucho que ver con el hecho de que las personas que están predicando tales cambios no los están practicando ellos mismos.

No tengo ninguna razón para pensar que Anderson lea mi blog o me conozca de algo. Pero no es necesario llevar un picudo sombrero de archidruida para darse cuenta de que la gente de hoy en día es muy hábil detectando señales de hipocresía o para comprender que los cambios más importantes no van a producirse si ni siquiera las personas que son más conscientes de su importancia están dispuestas a llevar a cabo esos cambios en su propia vida. Ya publique un post el año pasado donde explicaba que este tipo de reflexión es imposible que le guste (e incluso les parecerá insoportable) a aquellos que han construido sus vidas en torno a la fantasía de que es posible disponer de un planeta y zampárselo enterito.

Las fantasías de la extinción humana inminente son una respuesta reconfortante (a la vez que inútil) a esta fea situación. Si deseas una justificación para vivir la vida como si no hubiera mañana, pensar que ciertamente no habrá mañana es sin duda una opción. Si estoy en lo cierto, en los próximos años los placeres de creer en la extinción humana a corto plazo serán muy atractivos para un público abundante y con dinerito. Aviso a mis lectores: si estáis interesados en hacer caja con la próxima mina de oro al estilo del Apocalipsis maya del 2012, probablemente deberíais tomar nota.